

TRADUCCIÓN

FURGÓN

AKUTAGAWA RYŪNOSUKE

traducción directa del japonés e introducción de
MANUEL CISNEROS CASTRO

asesorado por la maestra
VIRGINIA MEZA HERNÁNDEZ

Akutagawa Ryūnosuke (1892-1927) es uno de los escritores japoneses más leídos y estudiados dentro y fuera de su país. Los cuentos que escribió, inspirado en las antiguas colecciones de historias japonesas *Konjaku Monogatari* (siglo XII) y *Ujishūi Monogatari* (siglo XIII), se encuentran entre los más famosos (“Rashōmon”, “En el bosquecillo”, “El biombo del infierno”, “La nariz”, por mencionar algunos); éstos, junto con algunos escritos en su etapa tardía (“Kappa”, “Los engranajes”) han sido traducidos en incontables ocasiones a un sinnúmero de lenguas extranjeras. No obstante, un tercer grupo de cuentos, el de las historias infantiles —al que pertenece el texto que a continuación se presenta— ha sido generalmente relegado cuando se emprende una traducción o una compilación de sus obras; acaso porque los primeros cuentos sean más impresionantes, o más perturbadores, pero no porque difieran en calidad.

Este es el quinto escrito de Akutagawa Ryūnosuke que se publica en la revista *Estudios de Asia y África*. Se inserta, por lo tanto, en una tradición continua que demuestra el vivo interés que este fascinante creador literario despierta entre nuestra comunidad académica. Invito al lector a consultar los números 27 (vol. X, núm. 1, pp. 42-48), 59 (vol. XIX, núm. 1, pp. 91-94), 74 (vol. XXII, núm. 4, pp. 561-619) y 132 (vol. XLII, núm. 1,

pp. 195-206), donde además encontrará más información sobre la vida y el pensamiento del autor.

Akutagawa escribió este cuento en 1922. La historia se desarrolla en 1906, año en el que se remodeló la vía que corría entre dos ciudades costeras al oeste de Tokio: Odawara y Atami; esta última famosa desde el siglo VIII de nuestra era por sus balnearios. A mitad de camino se ubica el pueblo de Yugawara, hogar del protagonista. Desde 1895 había un servicio de pequeños tranvías turísticos empujados por hombres, pero el ancho de vía era menor al que requería una locomotora, por lo que se llevaron a cabo las obras de construcción aquí narradas.

FURGÓN

La colocación de las vías del tren ligero entre Odawara y Atami comenzó cuando Ryōhei tenía ocho años. Ryōhei iba todos los días a las afueras del pueblo para observar la obra. Le parecía divertido ir a ver la construcción o, mejor dicho, el transporte de tierra en furgones.

Dentro del vagón iban de pie dos peones, atrás de la tierra que habían cargado en él. Como el furgón bajaba de la montaña, corría sin necesidad de fuerza humana. La base del furgón se sacudía, el faldón del *hanten*¹ de los obreros ondeaba, las angostas vías se arqueaban... mientras observaba esta escena, Ryōhei a veces pensaba que quería hacerse peón, que le gustaría subirse junto con los peones, aunque fuera una sola vez. Al llegar al terreno plano en las afueras del pueblo, el furgón se detenía de forma natural; en el acto, los obreros saltaban con agilidad fuera del vagón, e inmediatamente descargaban la tierra en el final de la vía. Después, empujando el furgón, empezaba el ascenso a la montaña de donde habían venido. “¡Si tan sólo pudiera empujar, aunque no me subiera!”, pensaba Ryōhei.

Cierta tarde, a principios de febrero, Ryōhei fue a las afueras del pueblo, donde se guardaban los furgones, con su hermano dos años menor y con un vecino de la misma edad de su hermano. Los vagones estaban formados, cubiertos de lodo, en la penumbra. No se veía por ningún lado que hubiera peones. Los tres niños empujaron temerosamente el vagón que estaba en el extremo de la fila. El furgón comenzó a moverse gracias a la fuerza de los tres; las ruedas giraron con un rechido. Ryōhei sintió un escalofrío, sin embargo, la segunda vez que se escuchó el chirrido de las ruedas ya no se asustó. El vagón ascendió lentamente por las vías haciendo chucu-chucu, empujado por las manos de los tres niños.

Después de subir unos dieciocho metros, la pendiente se volvió muy pronunciada. No importó la fuerza unida de los tres niños ni cuánto empujaban: el furgón dejó de moverse. Y, si

¹ Parte superior del uniforme de los obreros, como un kimono corto. Comúnmente lleva bordado o impreso el escudo o nombre de la empresa. [N. del T.]

se descuidaban, el carro los arrastraría de vuelta. Ryōhei pensó que era suficiente, e hizo una señal a los dos niños menores.

—Bueno, ¿nos subimos?

Entonces, los niños soltaron el vagón al mismo tiempo y brincaron dentro. El descenso, al principio, fue lento, pero luego, en un instante, el vagón tomó fuerza y comenzó a bajar con brío. Con velocidad y como si se dividiera en dos, se desplegaba frente a los ojos de Ryōhei, mientras sentía en su rostro el soplo del viento del atardecer. Ryōhei estaba casi en éxtasis.

Dos o tres minutos después, el furgón se detuvo en el punto final de la vía, de donde había salido.

—¡Bueno, vamos a empujarlo de nuevo!

Ryōhei y los dos pequeños comenzaron a empujar nuevamente el vagón hacia la cima. Las ruedas aún no se movían cuando oyeron las pisadas de alguien que estaba detrás de ellos. No sólo oyeron las pisadas; también oyeron que un hombre les gritaba.

—¡Bribones! ¿Quién les dio permiso para tocar el vagón?

Ahí estaba de pie un peón, alto, que vestía un *hanten* viejo con una insignia; llevaba un sombrero de paja poco adecuado para la estación del año. La silueta del hombre se dibujó en sus ojos; Ryōhei y los dos pequeños escaparon corriendo a nueve o diez metros de distancia... Tiempo después, cuando Ryōhei regresaba del mandado y observaba los furgones en la obra desierta, no pensaba en intentar subirse una segunda ocasión. La imagen del peón de aquel día permanece hasta ahora en alguna parte de la cabeza de Ryōhei, como un claro recuerdo: un pequeño sombrero amarillo de paja se asoma en la penumbra... La claridad de ese color parece diluirse con el paso de los años.

Diez días habían transcurrido cuando, después del medio día, se encontraba Ryōhei solo, de pie en la obra, mirando el ir y venir de los vagones. Aparte de un vagón cargado de tierra, otro con durmientes subía por un ancho riel, que era la línea principal. El vagón era empujado por dos jóvenes. Apenas los vio, Ryōhei sintió que sería fácil acercarse a ellos. Pensó: “No me regañarán”, y fue corriendo hacia el furgón.

—¿Puedo empujar?

Uno de ellos, de camisa a rayas, que empujaba el vagón con la cabeza baja, sin cambiar de posición le respondió de buena gana, tal y como Ryōhei esperaba:

—Sí, sí. Empuja.

Ryōhei se colocó entre ambos y comenzó a empujar con todas sus ganas.

—Sí que tienes fuerza, ¿eh?

Era el otro hombre, que llevaba un cigarro detrás de la oreja, quien animaba así el esfuerzo que hacía Ryōhei.

Entre tanto, la pendiente se hacía poco a poco menos pronunciada. Ryōhei en sus adentros temía que de un momento a otro le dijeran: “Ya no es necesario que empujes”. Los dos jóvenes trabajadores continuaban empujando el carro en silencio, con menos esfuerzo que antes. Finalmente, Ryōhei, sin poder aguantarse más, aventuró con timidez:

—¿Está bien si sigo empujando?

—Sí, claro —contestaron ambos al unísono.

“Qué tipos tan amigables”, pensó Ryōhei.

No habían empujado más de quinientos o seiscientos metros cuando la vía, de nuevo, entró en una pendiente pronunciada. A ambos lados, algunos frutos amarillos de los plantíos de mandarinas recibían los rayos del sol. “El camino de subida es mejor porque me dejan empujar todo el tiempo”, pensaba Ryōhei mientras empujaba el vagón con todo su cuerpo.

Llegando a la cima, entre los campos de mandarinas, la vía descendía. El hombre de camisa a rayas le dijo a Ryōhei:

—¡Oye, súbete!

Ryōhei subió de un brinco. Con los tres arriba, el furgón corrió por los rieles entregándose al descenso, lo que avivaba el olor de los campos de mandarina. “Es mucho mejor ir arriba que empujar”, concluyó Ryōhei; mientras, el viento hacía que se hinchara su *haori*.² “Cuántas más partes haya que empujar a la ida, más tiempo podré venir sobre el vagón al regreso”, pensó también.

El vagón detuvo su silencioso recorrido al llegar a una espesura de bambú. Los tres bajaron a empujar el pesado fur-

² Especie de chaqueta japonesa que llega hasta las caderas o hasta la mitad del muslo; se lleva sobre el kimono como abrigo ligero o como elemento formal. [N. del T.]

gón, como habían hecho antes. Pronto, la espesura de bambú se convirtió en bosquecillo. En la empinada cuesta, no podía percibirse en algunos sitios la herrumbre de la vía debido a la hojarasca acumulada. Cuando dejaron de subir, se encontraban más allá del alto acantilado donde abría el mar, vasto y frío. Fue entonces que Ryōhei sintió que estaba demasiado lejos.

Los tres abordaron el vagón, que ahora corría bajo el ramaje del bosque, con el mar a la derecha. A Ryōhei ya no le parecía tan divertido como hacía unos momentos. “¡Que ya volvamos!”, le pidió al cielo, aunque entendía perfectamente bien que ni ellos ni el furgón regresarían antes de llegar al lugar a donde iban.

La siguiente parada del carro fue frente a un mesón con techo de paja, a espaldas de una montaña desgajada. Los dos obreros entraron a aquel lugar y, charlando con la dueña, que llevaba a su bebé recién nacido auestas, comenzaron a beber té con toda tranquilidad. Irritado, Ryōhei daba vueltas alrededor del furgón. El lodo que había salpicado la tabla de la sólida base del carro se había secado.

Luego de un rato, el hombre con el cigarro en la oreja (en ese momento no lo traía ya, por cierto) salió del mesón y le dio a Ryōhei, quien estaba junto al vagón, unas golosinas baratas envueltas en papel periódico. Ryōhei dijo “Gracias” con frialdad; inmediatamente se arrepintió de haber contestado con displicencia y, como para aminorar su falta, se metió uno de los dulces a la boca. Estaba impregnado con olor a petróleo, que parecía provenir del periódico.

Otra vez empujaban el furgón por un ligero declive. Ryōhei tenía las manos en el carro, pero su corazón pensaba en otras cosas.

Al terminar de descender, en el lado opuesto a la pendiente, había otro mesón, igual que el anterior. Los dos obreros entraron allí, y Ryōhei se sentó en el vagón preocupado únicamente por el regreso. Frente al mesón, las flores del ciruelo recibían la luz del ocaso, a punto de desaparecer.

“Ya se está haciendo de noche”, pensaba distraídamente; ya no podía estar sentado y se entretenía pateando las ruedas del carro. Aunque sabía que no podría moverlo solo, trataba de empujarlo.

Cuando los trabajadores salieron, colocaron sus manos en los durmientes cargados en el coche y, sin mayor ceremonia, le dijeron:

—Oye, ya deberías regresar. Nosotros vamos a pasar la noche aquí.

—Si se hace muy tarde se van a preocupar en tu casa.

Ryōhei se quedó atónito por un instante. Ya estaba casi oscuro; a finales del año pasado había ido hasta Iwamura junto con su madre, pero el camino de hoy era tres o cuatro veces más largo; además, ahora debía volver caminando solo... todo eso lo comprendió en un segundo. Estaba a punto de llorar, aunque hacerlo no ayudaría en nada; pensó que no era momento para llorar. Les hizo una reverencia forzada a los dos obreros y se lanzó a correr a lo largo de las vías.

Mientras corría se dio cuenta de que el envoltorio con los dulces en el seno de su kimono era un estorbo; lo tiró al borde del camino y de paso se quitó también sus sandalias de paja con suela de madera. Las piedrecitas le picaban directamente la planta de los pies a través de su delgado *tabi*,³ pero así se volvieron mucho más ligeros. A su izquierda, percibía el mar; ascendió corriendo una pronunciada pendiente. De cuando en cuando, las lágrimas brotaban de sus ojos y naturalmente se le desencajaba el rostro... Se aguantaba a la fuerza, pero no podía dejar de resoplar por la nariz.

Al pasar al lado de la espesura de bambú, el cielo carmesí del monte Higane ya se estaba desvaneciendo. Ryōhei se ponía más y más nervioso. Debido a la diferencia entre la ida y la vuelta, también le angustiaba que el paisaje fuera diferente. Por si fuera poco, sentía que el kimono, empapado en sudor, le incomodaba; mientras corría desesperadamente se quitó el *haori* y también lo arrojó al lado del camino.

Oscurecía cuando llegó al plantío de mandarinas. Aunque resbalara y tropezara, Ryōhei seguía corriendo. “¡Si pudiera salir vivo de ésta!...”, pensaba.

Cuando, ya habiendo oscurecido, por fin apareció ante sus ojos la construcción en las afueras del pueblo, Ryōhei quería

³ Calceén estilo japonés que se caracteriza por tener un espacio separado para el dedo gordo, mientras que el resto de los dedos del pie entran en otro apartado. [N. del T.]

llorar. No obstante, siguió su carrera sin hacerlo, aunque la cara se le desencajaba.

Entrando a su pueblo, las casas a ambos lados del camino ya estaban iluminadas por las lámparas eléctricas. Ryōhei se dio cuenta bajo la luz de que el sudor que le caía de la cabeza se evaporaba. Las mujeres que extraían agua del pozo y los hombres que volvían de los campos al ver que Ryōhei corría jadeante lo llamaban: “Oye, ¿qué te pasó?”, pero él continuó corriendo, así, en silencio; pasó frente a la tienda de enseres domésticos, frente a la peluquería, frente a las casas iluminadas.

Luego de entrar a su casa, Ryōhei rompió a llorar a gritos; no podía dejar de hacerlo. Su llanto hizo salir de inmediato a su padre y a su madre. Su mamá, mientras le decía algo, lo abrazó, pero él agitaba brazos y piernas, al tiempo que lloraba y moqueaba, lloraba y sollozaba. El llanto atrajo a tres o cuatro vecinas que se juntaron en la oscuridad del umbral. Por supuesto, los padres y las otras personas le preguntaron la razón por la que lloraba; él no decía nada, lloraba a gritos sin remedio. Sin importar qué tanto llorara, sentía el corazón comprimido de pensar en la sensación de desamparo que lo había invadido al regresar corriendo por aquel camino.

A los veintiséis años, Ryōhei se fue a vivir a Tokio con su esposa e hijos. Ahora trabaja en el segundo piso de una editora de revistas como corrector de estilo. En ocasiones, mientras está haciendo alguna cosa, y sin ninguna razón, se ve a sí mismo en aquel momento. ¿Sin ninguna razón?... Ante las cosas fastidiosas de la vida, aún hoy, igual que entonces, continúa intermitentemente frente a sus ojos un angustiante y oscuro camino de bosquecillos y pendientes formando una angosta línea. ❖

Escrito en 1922;
traducido al español entre
septiembre y noviembre de 2010